

la Meca, y esto que el nombre de *hadji* es entre ellos muy respetado. El número de representantes del islamismo es muy escaso; no hay allí *imames*, ni *muftis*, ni capillas, ni casi mezquitas, pues la de Ghat es un miserable edificio de barro. La *sauja* de Timassán es en todo el país la única en su clase. De aquí que los árabes no dejen de tener razón hasta cierto punto cuando afirman que los tuaregs no profesan religión alguna. La negligencia de los tиббús en materia de religión, que sólo tienen en los labios, va todavía más allá no retrocediendo ante los más graves delitos que pueden imputarse á un musulmán, como por ejemplo el de robar un marabuto. En este concepto están algo por debajo de los tuaregs pudiendo sólo compararse con una rama de éstos, la de los haggares, considerados por las tribus tuaregas «mejores» casi como kafres porque sólo cumplen superficialmente los preceptos del islamismo y saquean los más sagrados marabutos.

Aun cuando estos pueblos profesan en su mayoría el mahometismo, la idolatría no ha sido totalmente extirpada en ellos y aun aquellos que formalmente se han separado de ésta son sin duda alguna mahometanos muy superficiales. Así por ejemplo en los lejanos valles el nombre de Alah no ha sustituido todavía á la palabra *jiáo* denominación primitiva con que los baeles designan al ser supremo (la palabra tuarega para designar al cielo es *adjenna*, probablemente la misma que aquélla) y la poco rigurosa observancia de los ayunos, abluciones etc., sorprende aun á los borkuanos que no pueden ser tachados de exageradamente rígidos. Lo que indudablemente favorece la subsistencia de lo antiguo bajo la capa de lo nuevo es la semejanza que entre lo uno y lo otro existe. Los tиббús y los tuaregs no conocieron desde su origen más que un dios, Amanai, en quien Duveyrier ve al Adonai de la Biblia; creen en el paraíso habitado por ángeles y en el infierno y el signo de la cruz se encuentra en su escritura, en sus armas, en sus escudos y en los tatuajes con que se adornan las manos y la frente. ¿Por qué no ha de haber llegado hasta ellos el cristianismo berberisco? El islamismo no ha destruido entre ellos la monogamia ni el respeto á la mujer, y al través de los preceptos de aquella religión manifiéstase de una manera notable algunas costumbres interesantes desde el punto de vista etnográfico; así por ejemplo, el hijo ha de casarse con las mujeres de su difunto padre, excepción hecha de su propia madre. El respeto que tan enérgicamente exige el mahometismo de los hijos para con sus padres es un precepto brutalmente descuidado por estos pueblos: la constitución de la familia acusa algunos caracteres bárbaros, como el de que la primera mujer, cuando el marido toma una segunda esposa, se convierte poco menos que en esclava: después del matrimonio la mujer habita una choza especial cerca de la vivienda de sus padres hasta que ha parido y sólo entonces entra en la casa de su esposo; si no tiene sucesión es devuelta á su padre, el cual ha de restituir al marido el precio que por su hija recibiera de éste. Esto no obstante, la condición de la mujer dentro del pueblo es mucho mejor que entre los árabes. Los sepelios se verifican en los valles apartados y consisten simplemente en introducir el cadáver sin lavar y envuelto en una piel de oveja en una hendidura de una peña que se tapa con piedras: también está extendido, quizás, el sistema de enterrar á los muertos encogidos y con las piernas atadas. El tatuaje consiste en unas incisiones verticales hechas en las sienes, pero cuando muere el jefe de una familia los individuos de ésta añaden á aquéllas algunas incisiones transversales.

## CAPÍTULO VIII

## LOS FULBES Ó FELLATAS (1)

«Los fulbes son una tribu de enigmático origen que en su primitivo tipo puro dista mucho del tipo negro.»

H. BARTH.

Situación y propagación de los fulbes en el Sudán occidental. — Ojeada sobre su historia. — Su mezcla con los negros. — Fulbes negros y rojos. — Caracteres corporales y espirituales. — Origen probable. — Idioma. — Fundación de Estados. — El reino de Sokoto. — Sistema militar. — Armamento. — Administración. — Fundación del reino de Bautchi ó Jakoba. — Impuestos. — Descripción económica. — Vida pastoril. — Sistema monetario. — Comercio. — Castas industriales. — Las grandes ciudades. — Ciudades antiguas y nuevas.

El papel que corresponde al elemento de población, opuesto corporal y espiritualmente á los negros y al par distinto de los árabes, y que en el Sudán central desempeñan los kanuris y más al Este los nubios, representado actualmente en el Sudán occidental de una manera muy decidida aquel pueblo notable que entre el Senegal y el Benué y entre el Océano Atlántico y las cercanías del Nilo habita un territorio mucho mayor que la mitad de Europa. Y aunque en ninguna parte de este vastísimo territorio vive solo, representa en muchas comarcas del mismo la raza dominante y ofrece en muchos puntos rasgos completamente caucásicos puros que le distinguen de los negros. Por lo que hace á su propagación hemos de consignar que el pueblo fulbe vive de tal suerte disgregado por los elementos antes que él sedentarios en su actual territorio que es imposible dudar de que penetró en éste con posterioridad á aquéllos, lo cual está en muchos puntos confirmado por la historia. En Senagambia y en los países que al Sud de ésta se extienden y por los cuales llegan los fulbes hasta el Océano Atlántico, aparecen éstos empujados más hacia el Oeste y establecidos de una manera más compacta. En el país de Futa Djallon constituyen la parte principal de la población; más hacia el Este poseen en ambas orillas del alto Níger, al Sudoeste de Timbuktu, el reino de Massina y desde hace unos veinte años están enseñoreados del reino bamana de Segu. También las comarcas situadas entre Massina y la corriente central del Níger tienen una población fulbe. Rohlfis niega que los fulbes posean una gran colonia en Tuat como afirma Barth: muy pocos son, en efecto, los que llegan tan lejos en la dirección Norte; en cambio, muchas muchachas fulbes son vendidas para los harems de las ciudades más septentrionales. Al Este y en parte al Oeste del Níger dominan los fulbes en los dos poderosos reinos de Gando y de Sokoto: también hay fulbes establecidos en Bornú, en Baghirmi, en Wadai y en Darfur, pero en estos países no han podido alcanzar todavía una preponderante influencia política y religiosa. En cambio en Adamaua (Fumbina), á los dos lados del río Benué, avanzaron muchísimo hacia el Sud y cada año ensanchan su reino, que depende de Sokoto, haciendo una guerra implacable y no interrumpida contra los pueblos negros idólatras de estas regiones, de modo que si no se opone algún grave obstáculo en su camino hemos de verles, dentro de pocas décadas, llegar en su marcha triunfal hasta la corriente central del Congo y hasta el golfo de Guinea. Dentro de

(1) *Fulbe* ó *fula* (en singular *fullo*) es el nombre empleado por los mandingos, *fellani* por los haussas, *fellatas* por los kanuris, *fullan* por los árabes y *fulde* por los pueblos del Benué. Estos nombres, junto con el de *abate* (blancos) que les dan las gentes de Kororofa, parecen designar la diferencia que existe entre su color claro y el de los negros.

esta extensa zona de propagación aparece la población fulbe más densa hacia el Norte y hacia el Oeste y más disgregada hacia el Este y hacia el Sud, aquí como pacíficos guardadores de sus rebaños y allí como señores de las tribus por sus armas sojuzgadas ó luchando como guerreros contra sus hostiles vecinos. Para calcular el número de almas de este pueblo nos falta una base seria y sólida, pero bien puede afirmarse que los países que poseen tienen una población densa y que en sus dominios hay ciudades con muchos habitantes.

Por sus caracteres corporales son los fulbes un pueblo eminentemente mestizo: H. Barth hablando de los rasgos externos de los mismos, así del color de su piel como de los varios antagonismos que en su desarrollo corporal ofrecen, hace observar muy atinadamente que como tribu conquistadora que se extendió por vastos territorios se asimiló una porción de elementos étnicos tan variados como diferentes. «Este es el motivo — dice — por qué las diversas secciones en que se divide la nación fulbe poseen un carácter múltiple é indeterminado. Hay allí tribus tan completamente absorbidas por la tribu principal que en tiempos posteriores se ha hecho remontar su procedencia á la de los supuestos antepasados de la nación entera; en cambio, hay otras cuyo árbol genealógico no se ha enlazado aun tan íntimamente con el de los fulbes, á pesar de lo cual se han mezclado con éstos de tal manera que han olvidado por completo su idioma propio y que un viajero que no conozca exactamente la relación que entre unos y otros existe puede fácilmente confundirlos.» Como ejemplos notables cita H. Barth una sección de la tribu de los wangaranas ó wakers que se ha establecido en el territorio haussa y que ha trocado su idioma originario no sólo con el del pueblo dominante sino también con el de los fulbes, y los antiguos joloffes que se han fusionado completamente con éstos y que son un pueblo en extremo interesante. En la actualidad se da el nombre de *joloffe* á un hombre negro y de *pullo* á un hombre de color rojo. Cuando Ahmed Baba escribió su historia del Sudán todavía eran los joloffes considerados como una parte del gran pueblo fulbe con el cual se han confundido por completo ellos ó por lo menos su idioma. De la mezcla de este elemento con la sangre fulbe pura nació aquella importante sección de los torodes que en los reinos sudaneses, en su mayoría fundados por los fulbes, ocuparon la posición de los más nobles y que se diferencian de éstos por lo pesados y corpulentos y por el color oscuro de la piel. En contraposición á ellos las demás poblaciones absorbidas por los fulbes quedaron en su mayoría dominadas por éstos, sus sojuzgadores y soberanos. Actualmente en las provincias fulbes de Haussa y de Sebbi se encuentra una tribu designada con el nombre de djanambe cuyos individuos se dedican al ejercicio de la usura y á la que en el siglo décimosexto vemos como tribu especial junto á las comunidades de los fulbes en el lado Sudeste del alto Djoliba en la frontera de la actual provincia de Massina. Esta misma tribu, hoy en día tan degenerada, fué de las que más contribuyeron á derribar el poderoso reino de Sonrhay cuyas más fértiles provincias conquistó.

Aun cuando los fulbes en aquellos territorios más inmediatos á su enigmático origen, es decir, en aquellos en los cuales se conserva todavía el tipo puro aparecen tan distantes del tipo negro que así en su aspecto externo como en sus ideas especiales sobre la familia llegan á recordar á las tribus malayas, gracias á su extraordinaria difusión, que á partir del siglo quince puede seguirse históricamente desde el Senegal hacia el Este, se han asimilado tantos elementos extranjeros que éstos han podido imprimir á la

masa general de este pueblo, especialmente en los territorios orientales, un tipo en muchos conceptos más semejante al negro. De aquí que se hayan puesto en general frente á frente á los fulbes de color claro y á los de color oscuro, pretendiendo que los primeros tienen su punto de apoyo en los habitantes del Oeste y los segundos en los del Este y del Sud de sus residencias. G. A. Krause afirma que entre ellos existen dos clases perfectamente separadas, á saber: la de los fulbes morenos ó rojos y la de los fulbes negros, oriundos aquéllos de las provincias haussas del reino de Sokoto y éstos de Bornú, de Adamaua y de las comarcas que entre estos dos países se extienden. Los fulbes rojos, á quienes Rohlfis designa como los africanos centrales más hermosos, eran flacos, tenían la piel de un color claro y su rostro era muy parecido y algunas veces completamente igual al de los arios ó indo germánicos; estaban dotados de una inteligencia viva y de excelente espíritu crítico y su modo de ser se caracterizaba por su formalidad; su estatura era de 170 centímetros y todos ellos hablaban el idioma haussa. Los fulbes negros eran más aplicados, tenían la piel de un color sumamente negro y sus facciones eran regulares bien que no tanto como las de los fulbes blancos; estaban dotados de gran viveza y sentían hacia los placeres de la vida mayor inclinación que sus hermanos morenos; su estatura era más variada que la de éstos y por regla general más pequeña; casi todos hablaban únicamente el kanuri ó idioma de Bornú. Rohlfis observó que los primeros fulbes que encontró al traspasar la frontera bornuana apenas se diferenciaban de los negros. Otros autores, partiendo del mismo punto de vista, distinguen en los territorios fulbes tres clases de habitantes: los habitantes primitivos, los fulbes y los mestizos que aparecen, por ejemplo, en Futa Toro pretendida patria originaria de los fulbes. Y como todos los observadores están acordes en que la mezcla de estas tribus con los oscuros habitantes circunvecinos se realizó muy rápidamente, de aquí que los fulbes de color oscuro no sólo sean el pueblo del porvenir en estas comarcas sino que aun en la actualidad forman la inmensa mayoría de la población de los mismos.

Los fulbes puros se diferencian de los negros no sólo desde el punto de vista corporal sino también desde el intelectual según se desprende de las anteriores descripciones, habiendo sorprendido á todos los europeos, junto con el color claro de la piel y con la delicadeza de la estructura corporal, la viveza y la penetración de su inteligencia. Cierto que no podemos admitir como medida de lo que vale un pueblo, el orgullo con que éste á sí mismo se considera, pero de todos modos es un hecho notable que los fulbes al parangonarse con los negros se las echen de blancos y aun se crean superiores á éstos. El desapasionado Barth dice que es indudable que la tribu de los fulbes es la más inteligente de todas las tribus africanas. «Desde el punto de vista físico quizás están por debajo de los joloffes, pero una inteligencia más privilegiada comunica mayor expresión al rostro de los pullos y evita que sus facciones adquieran aquella regularidad que en otras tribus encontramos. Al propio tiempo el sistema de vida metódico que siguen un gran número de fulbes es causa de que los miembros de éstos no adquieran un desarrollo excesivo sino que en la mayoría de ellos se distinguen por su pequeñez y por su elegancia.»

Ya se comprenderá la dificultad ó, para ser más francos, la imposibilidad absoluta de perseguir hasta su fin, en medio de este laberinto de raíces entrelazadas de un gran árbol étnico, la raíz correspondiente al pueblo originario y que sirvió de núcleo á los demás. ¿Cuál es entre todos ellos

el primero? Sábese que en los comienzos del período histórico del Sudán central y occidental, es decir, allá por los siglos trece y catorce de nuestra era, residían en Melle algunos fulbes que profesaban la religión de Mahoma; que fueron dominados por los soberanos de Sonrhay mientras éstos se conservaron poderosos; que ya en el siglo décimo-sexto habían emigrado de sus para nosotros primeras residencias en el bajo Senegal dirigiéndose en número bastante considerable hacia el Oriente para aparecer al Este del Níger como pueblo de importancia histórica y que á principios del décimoséptimo habíase establecido en Baghirmi algunas tribus fulbes. Es digno de notarse que esta tribu, á causa de su diseminación por un vasto territorio, careció en su origen de poderío contándose en el número de las sojuzgadas, así como más tarde casi en todas partes procuró y consiguió un puesto entre las dominantes; pero es indudable que en muchos puntos de la vasta región en que aparecía diseminada fué creciendo y robusteciéndose silenciosamente, puesto que la primera vez que la vemos surgir potente, es decir, á principios de este siglo manifiéstase dotada de un vigor y de una energía que le valen un triunfo casi en toda la línea y que no pueden en modo alguno ser consideradas como dotes momentáneamente nacidas ó como fruto de momentáneos esfuerzos. En primer lugar, durante este largo período de muchos siglos que pueden ser para esta tribu calificados de casi sin historia, la adhesión al islamismo debió echar muy hondas raíces puesto que desde el primer momento de la aparición de este pueblo vemos al fanatismo religioso como un factor poderoso de la conquista y de la dominación. Cuando en 1802 los fulbas de Gober se levantaron contra los príncipes de este país dando con ello la primera señal de los grandes movimientos que durante tantas décadas habían de conmover al Sudán occidental, la causa de su sublevación fué la ofensa inferida á uno de sus imames, el jeque Othmán, que fué el primero de sus vencedores caudillos y que, según parece, sintióse impulsado en su empresa principalmente por el fanatismo con que profesaba sus creencias. Este personaje á cada nueva derrota de las muchas que durante esta campaña hubo de sufrir su ejército, comunicaba con sus cantos religiosos entusiasmo y nuevo vigor á sus partidarios y después de haber logrado salir de la lucha con la aureola de fundador de un gran reino, terminó su vida en una especie de locura religiosa ó de fanático éxtasis. Más que sus virtudes como militar ó como soberano atrájole su exaltación religiosa la ciega veneración de sus adeptos y el respetuoso homenaje que le tributaron aun sus hermanos mayores. De sus descendientes, el belicoso Mohamed Bello — que el viaje de Clapperton nos ha dado á conocer — ensanchó las fronteras del reino, y su hermano Atika mantuvo á éste por lo menos á la misma altura á que su fundador lo elevara. En tiempo del príncipe Alín, hijo de Bello, que ocupaba el trono cuando Barth visitó estos países, comenzó este reino á decaer, deshaciéndose la cohesión que mantenía unidas á las distintas provincias, una de las cuales, Jadedia, habíase hecho ya independiente en tiempo de aquel viajero, y disminuyendo notablemente los ingresos del Estado y el poderío militar. A pesar de esto el reino subsiste aún en nuestros días bien que algo disgregado como una especie de confederación de los principados grandes y pequeños en que se dividió desde un principio.

De suerte que lo que nos enseñan de consuno la actual distribución de los fulbes por el Sudán occidental y la historia de su propagación por este vasto territorio demuestra de un modo indudable la necesidad de buscar el punto de partida al Norte y al Oeste de estas regiones. Sin embar-

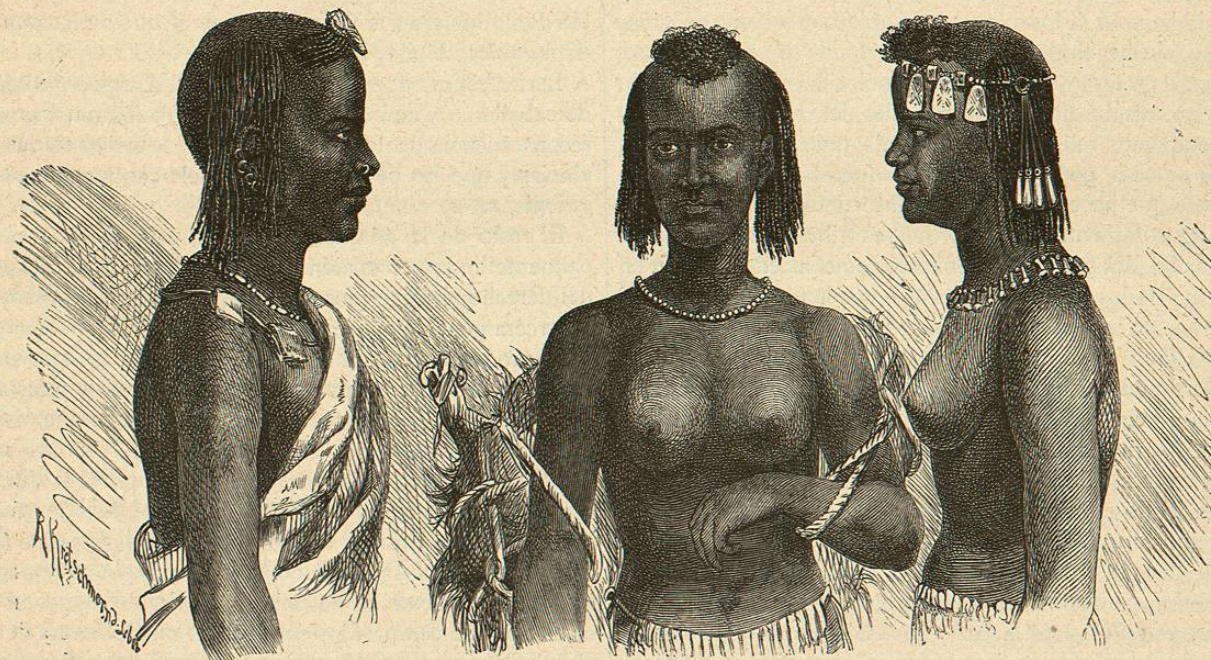
go, en el territorio del alto Senegal en donde según todas las probabilidades debe encontrarse este punto de partida de sus grandes emigraciones durante los últimos siglos habitan confundidos con los negros siendo imposible de todo punto admitir que sus rasgos característicos tan marcados hayan podido desarrollarse de otra manera que en medio de un aislamiento completo. En esto estamos enteramente de acuerdo con G. A. Krause en opinión del cual el estado físico de los fulbes que sólo posteriormente pudo llegar á ser hereditario y típico presupone una vida ruda y de privaciones durante muchas generaciones. Al propio tiempo, el desarrollado estado intelectual nos lleva, por otra parte, á deducir que si la alimentación no pecaba de excesivamente abundante era, por lo menos, suficiente primero para dar salud y vigor al organismo físico y luego para conservarlo vigoroso y sano de tal modo que su desenvolvimiento no fuese en manera alguna obstáculo al desarrollo del espíritu. El investigador últimamente citado sacó, además, las siguientes consecuencias: que los fulbes se alimentaban principalmente de carne, es decir, que eran un pueblo pastor, que habitaban un país sano y poco á propósito para la agricultura y que eran un pueblo de hombres eminentemente libres. Un país como el que actualmente habitan los tuaregs hubiera sido enteramente á propósito para contrariar el grado de desarrollo alcanzado por los fulbes, del modo mismo que los kanuris han de buscar sus últimas y más nobles raíces en los tиббús. Ahora sólo falta ver hasta qué punto se avienen con estas consecuencias las relaciones lingüísticas. Hay una porción de hechos de los cuales puede deducirse que existe unidad de origen por un lado entre el idioma fuli en su primitiva forma y los idiomas hamito-semíticos y por otro entre el pueblo fuli y los pueblos hamito semíticos. Llamar idioma hamita al idioma fuli tal como hoy lo encontramos sería cometer una inexactitud. El germen hamita se desarrolló por sí mismo de un modo tan especial é independiente ó se vió envuelto y penetrado de tal suerte por otros idiomas que hoy no podemos todavía determinar, que la lengua hoy existente puede ser considerada como idioma independiente siendo muy digno de notarse el hecho de que no conoce el género gramatical y en cambio expresa de una manera absoluta en la gramática las categorías psíquica y apsíquica.

La situación histórica de los fulbes tiene por base sus conquistas y sus fundaciones de Estados, pudiendo afirmarse que para unas y otras posee este pueblo un talento especial. Nadie ha puesto en duda su carácter belicoso y en cuanto á sus príncipes bien han demostrado que saben ser soberanos, E. Barth les niega, sin embargo, aquel talento organizador que, según él, poseyeron en alto grado los soberanos de Melle y de Sonrhay y dice que aun el más distinguido príncipe fulbe, Mohamed Bello, era bajo este concepto muy inferior á éstos. Trátase aquí simplemente de una cuestión de matices no de diferencia absoluta, pues los fulbes no aparecieron en la escena de la historia como pueblo completamente civilizado sino como simples pastores que á medida que crecieron lentamente en número é influencia aceptaron y desarrollaron otros elementos constitutivos entre los cuales fué sin disputa el más eficaz el islamismo. Pero con este crecimiento progresivo corrió parejas un proceso de retrocesión corporal debido á la mezcla con los pueblos oscuros que antes que los fulbes residían en los territorios más tarde por éstos ocupados y aun cuando no asentimos á lo que afirman los etnógrafos, Waitz por ejemplo, de que no existe ya ningún fulbe puro, nos creemos autorizados para formular la siguiente pregunta: ¿en dónde están las fundaciones políticas que podrían ser

consideradas como ejemplos puros de la aptitud de los fulbes para fundar y administrar Estados? Los fulbes, en su primera aparición nómadas sin cohesión y con costumbres bárbaras, en el apogeo de su poderío, minoría en medio de tribus sojuzgadas é íntimamente unidas con ellos por lazos de parentesco y en su decadencia casi completamente absorbidos por esta mayoría, los fulbes — decimos — no pueden ser juzgados como los romanos que de entre sus iguales se elevaron á dominadores de pueblos iguales á ellos sino más bien como los españoles de la América central y meridional que empezaron por sojuzgar á los indios y elevaron á éstos á cierto grado de cultura para acabar por verse lentamente absorbidos y en cierto modo rebajados por ellos. Sus fundaciones de Estados no fueron el objetivo final que les trazaron las circunstancias en que vivían sino su aparición definitiva entre los pueblos por ellos

sojuzgados, en los cuales depositaron la levadura que en virtud de un proceso lento produjo un desarrollo superior así desde el punto de vista corporal como bajo el concepto intelectual.

Mirada la cuestión en su aspecto externo, el elemento impulsivo en la historia de los fulbes fué el islamismo que éstos profesaban con fanatismo en los primeros tiempos de su joven historia y que en nuestros días es impuesto á los países idólatras por medio de sangrientas cruzadas. Por esto Mohamed et Tunisi pudo considerar el levantamiento de los fulbes en nuestro siglo como un acontecimiento de reforma religiosa, y Rohlf, admirado de la cohesión del reino fulbe de Sokoto, busca el fundamento de la misma en el hecho «de ser todo el poder verdaderamente religioso ó espiritual.» Está también fuera de toda duda que en los países fulbes relativamente más puros, como son Futa



Mujeres habitantes en Mensa. (Del natural, por Kretschmer).

Djallon y Futa Toro, predomina un gobierno teocrático.

Los gobiernos fulbes se diferencian de los de otros pueblos mahometanos del Sudán en muchos conceptos, en los más de ellos con gran ventaja en favor suyo. Aquí aparece claramente el fundamento más distinto que á unos y á otros sirve de base, pues en los primeros la condición del soberano es más libre, tiene mayor responsabilidad y goza también de más influencia que en los segundos. Así como en Bornú y en Baghirmi el príncipe es mirado como una especie de ser supraterrrenal al que el vulgo no puede acercarse y á quien sus mismos confidentes no pueden aproximarse sino con el rostro vuelto, entre los fulbes cualquiera, hasta el hombre de más humilde condición, puede ver al sultán en las horas de audiencia y exponerle personalmente los asuntos que le llevan á su presencia. Con esta sencillez en el trato contrasta notablemente la pompa aneja á los cargos y á los títulos; en este concepto Jakoba y Adamaua nada tienen que envidiar al ceremonioso reino de Bornú. La serie de categorías es casi en todas partes la misma: figura en primer lugar el sucesor del trono; viene luego el *galadima* que encontramos en todas estas cortes aunque con distintas funciones siendo por regla general el encargado de las relaciones con los sultanes vasallos; aparece en tercer lugar el tesorero y después de él siguen el general en jefe del ejército, el consejero secreto del sultán,

el administrador del palacio y el jefe de los eunucos. En la corte de Jakoba cita Rohlf en cuarto lugar al «maestro del gremio de los herreros» con el título de *Sserki N-Makera*, es decir, príncipe de los herreros: este dignatario no en todas partes ocupa un sitio tan eminente, pero es muy digno de tenerse en cuenta que los herreros, que entre los tиббús constituyen la clase más baja y aun una especie de casta de parias, figuren entre los fulbes (y entra los haussas) en las más elevadas categorías. «Cuando penetré en Bautchi — dice Rohlf — llaméme la atención un gran edificio de construcción hermosa y poco más pequeño que el palacio del sultán y habiendo preguntado á quién pertenecía me contestaron que al Sserki N-Makera.» Esta condición elevada del «príncipe de los herreros» no constituye un hecho aislado sino que está hondamente arraigada en el notable sistema social de los fulbes que nos presenta una porción de instituciones intermedias entre la casta y el gremio. Así por ejemplo encontramos, como otros dignatarios de la corte, los príncipes de los mercados, los príncipes de los sastres y los príncipes de los matarifes. También ocupan un puesto especial los jefes y los representantes de ciertos grupos nacionales de las provincias más apartadas: así vemos en la corte de Jakoba un dignatario llamado *sennoa* que tiene jurisdicción sobre todos los residentes en el país que no pertenecen á la tribu de los fulbes y al cual